

RELATOS SALVAJES EN EL MUSEO DE LA PLATA

Los museos de ciencias naturales offician de mediadores entre el saber científico y arqueológico más riguroso, y la avidez de conocimiento del gran público.

¿Cómo debe pensarse la curaduría de una sala en la que muchos visitantes toman contacto por primera vez con restos paleontológicos, culturas ancestrales y animales embalsamados? En el Museo de La Plata, que en 2018 cumple 130 años, comienzan a surgir nuevas preguntas y respuestas en torno a la exhibición del pasado.

Natalia Laube

Es licenciada en Crítica de Artes por la Universidad Nacional de las Artes y periodista con foco en temas culturales y crítica de teatro. Actualmente se desempeña como responsable de comunicación en el Goethe-Institut Buenos Aires y colabora en medios como La Nación, Funámbulos y Rolling Stone.

No deben ser tantos los momentos transcurridos durante la infancia que hacen verdadera mella en la memoria y te acompañan durante el resto de la vida: ¿serán diez, quince, veinte a lo sumo? Cada quien atesora su propia videoteca de recuerdos configurados durante los primeros años de vida, aquellos años en los que sos permeable a todo y cualquier hecho tiene la capacidad de sorprender, pero estoy segura de que entre esas vivencias personales cristalizadas en anécdota, hay unas cuantas que se repiten con cierto grado de insistencia en muchas personas: una cena de Navidad o de alguna otra fiesta en familia, las salidas a algún parque de diversiones, las vacaciones, una visita al zoológico o el grandioso momento de ver en vivo los restos de un dinosaurio por primera vez.





Cuando sos chico y aún no conquistaste el metro veinte, la experiencia de mirar hacia arriba y descubrir esa estructura blanca —que se vuelve ancha en las costillas y larga, casi eterna, hacia el cuello para culminar en un cráneo macizo y dentado— genera una doble conmoción: primero está el choque de tamaños, el encuentro de tu cuerpo chiquito con la enormidad, después está el choque de los tiempos, y el esfuerzo por tratar de entender que aquel conjunto de huesos fue una vida miles, millones de años antes que vos.

Para quienes hasta la adultez no conocimos alguno de los grandes museos internacionales como el National History Museum de Londres o el Metropolitan Museum de Nueva York, el de La Plata suele ser el lugar en el que vivimos aquella iniciación: un primer encuentro con los animales y las culturas de tiempos lejanos. Puedo recordar con lujo de detalles mi primera vez con el megaterio que todavía habita, inmóvil, la planta baja del museo situado en el Paseo del Bosque. Y no creo ser la excepción: además de ser una recorrida obligada para escuelas de la ciudad, y gran parte de la provincia de Buenos Aires, el Museo de La Plata es una de las instituciones más importantes de la Argentina, en lo que refiere al contacto del gran público con las ciencias naturales y la etnografía. Institución dependiente de la Universidad Nacional de La Plata, recibe unas 400 mil visitas por año, de las cuales unas 50 mil se dan en vacaciones de invierno, lo que demuestra que es un paseo favorito también para muchas familias.

Las colecciones del Museo

Su edificio, que comenzó a construirse en 1884 y abrió al público en 1888, hoy aloja más de 3 millones y medio de objetos organizados en distintas áreas: geológicas, biológicas, zoológicas, paleontológicas y antropológicas. Desde su inauguración, hace exactos 130 años, la colección no solamente creció en tamaño, sino que fue cambiando su forma de exhibición, conforme cambiaron y maduraron otras ciencias: las naturales, que en este siglo y medio ampliaron sus hallazgos y su abanico de conocimientos, pero también las museológicas. “Como disciplina, la museología es cada vez más ambiciosa: estamos en una época de constante reflexión sobre las formas de exhibir las colecciones”, explica María Marta Reca, antropóloga, doctora en Ciencias Naturales y coordinadora de la Unidad de Conservación y Exhibición del Museo de La Plata desde hace casi dos décadas. “El proceso de exhibición de los objetos de un museo se complejiza cada vez más y suma a la de los científicos las miradas de los arquitectos, los diseñadores, los conservadores. Por eso la palabra curaduría, tan en boga en los museos de arte, también entró como concepto en los museos de ciencias naturales durante los últimos años”, sigue.

Su edificio, que comenzó a construirse en 1884 y abrió al público en 1888, hoy aloja más de 3 millones y medio de objetos organizados en distintas áreas: geológicas, biológicas, zoológicas, paleontológicas y antropológicas.

En ese sentido, podría decirse que varias cosas cambiaron desde que los naturalistas, de fines del siglo XIX y principios del XX, comenzaron a exhibir los objetos que ellos mismos recolectaban en sus expediciones, hasta la actualidad en la que muchos chicos toman contacto con otras formas de vida presentes y pasadas en contextos de exhibición cada vez más elaborados. Si la presentación al gran público de un animal embalsamado, de restos paleontológicos o de tesoros arqueológicos por entonces recaía en manos de una sola persona o, a lo sumo, de un equipo de profesionales, hoy la exhibición museística implica una serie de decisiones tomadas por varios equipos de trabajo que buscan aportar su *expertise* a las exposiciones temporarias y permanentes de un museo, y reflexionan —como nunca antes— sobre el rol del visitante. “Un museo es un lugar de encuentro con el pasado, con lo diferente, con nuestra propia identidad. Los objetos expuestos en una sala son depositarios de valores culturales. Su estudio devela, a quien lo investiga, una multiplicidad de significados, una instancia del desarrollo tecnológico, un momento histórico, una pauta cultural, e invita a quien los mira a experimentar un sentimiento que lo conecta mágicamente con otros mundos, otras culturas, otros tiempos. Cada observador entabla un diálogo imaginario con el objeto y, desde su mirada, recrea y construye un mensaje”, explica Reca.

El visitante

En otras palabras, el visitante del museo de ciencias naturales hoy es puesto en el centro de la discusión y pensado como un ente activo que completa los sentidos de una exposición:

“Si hasta hace unas décadas el foco estaba puesto en los objetos, hoy la museología crítica pone al visitante en el centro y aspira a relatos más participativos y dialógicos”, se entusiasma la especialista. “Nos interesa entrar en contacto con el visitante, apuntar a ciertos aspectos emocionales, lúdicos, comportamentales. Este gran mausoleo de la ciencia, que es el museo, busca contarle a la gente que no tiene todas las respuestas, que también se hace preguntas. O que, ante alguna pregunta, tiene varias respuestas posibles para dar porque no siempre hay una sola forma de pensar las cosas”. Un ejemplo claro de esta misión, que con los años se expande y toma formas nuevas, es la sala de etnografía Espejos Culturales del Museo, en la que —entre las más de 300 piezas arqueológicas pertenecientes a pueblos originarios de Argentina y Sudamérica— el visitante llega finalmente a un pequeño escenario con un cuarto que quizá se parezca, de alguna forma, al suyo: un mate, una manta hecha de telar y un pequeño cuadrado de Maradona en la pared nos invitan a pensar: ¿serán todas nuestras pertenencias objeto de estudio de los visitantes del futuro alguna vez? “Hacia el final de la sala nos animamos a generar una instancia provocadora, con el riesgo de que la provocación lleve a interpretaciones no deseadas. Pero saber que uno no tiene el control sobre todas las lecturas de los visitantes también forma parte de este trabajo”, concluye Reca.

Del guión científico al guión museológico

Ahora bien, ¿cuáles son las decisiones que se toman antes de que los chicos de una escuela se maravillen, al igual que yo hace más de veinte años, con un megaterio o una familia descubra el arte de los pueblos precolombinos? Cada disciplina tiene sus particularidades, pero, en líneas generales, hay ciertos pasos que se repiten en el pasaje de cualquier objeto, que hace su camino desde la naturaleza u otro hábitat originario, hacia el museo. “Primero, los especialistas de la unidad responsable elaboran un guión científico, en el que vuelcan la mayoría de los conocimientos que rodean un elemento. En un museo de ciencias naturales como este, uno de nuestros objetivos más importantes es ser fieles al conocimiento científico. Esta fidelidad implica aferrarse a ciertas certezas, pero no a la totalidad de conocimientos: quiero decir, no es deseable volcar infinitos datos en la sala de exhibición si queremos llegarle a los estudiantes, las familias, el público general”, explica Reca.

Lo que finalmente resultará es la elaboración de un guión museográfico, lo que en otras palabras significa un relato que dialogue con el espacio, que piense al visitante en acción, que reflexione sobre los objetos puestos en serie

y pueda hacerse cargo de lo que cuentan en su totalidad. “Toda exhibición es un relato escrito con muchos recursos. Tiene finales felices o no tan felices, tramos aburridos y otras partes más atrapantes. La primera pregunta que nos hacemos es qué le queremos contar al público: por lo general, se da un interesante proceso de entramados y tensiones entre ese conocimiento rígido, fundamentado en las evidencias científicas, y la búsqueda de creatividad, de ciertos permisos para llegar a un visitante al que no le interesa saber *todo*, sino aprender lo más importante.

Lo que buscamos es conmover, sorprender, generar una gran experiencia de visita. Movilizar las estructuras de conocimiento de quienes nos visitan y, de paso, generar preguntas nuevas, no volcar solamente las certezas”, concluye Reca.

El visitante del museo de ciencias naturales hoy es puesto en el centro de la discusión y pensado como un ente activo que completa los sentidos de una exposición.

Esta avidez por buscar nuevas formas de comunicarse con el público, que por ahora se manifiesta en unas pocas salas de exhibición permanente del Museo pero va ganando terreno en las exposiciones temporarias, es también una búsqueda del equipo de Conservación y Exhibición de dialogar con visitantes jóvenes que privilegian la *experiencia* a la información, a la que siempre pueden acceder rápida y fácilmente navegando en Internet. Pero Reca está convencida de que los museos de ciencias naturales no tienen nada que temer ante el avance de las nuevas tecnologías. Si los museos insisten en el camino de generar experiencias nuevas en cada visita, dice, serán espacios irremplazables también en el futuro.

Y la experiencia aurática de ver los huesos de un megaterio en vivo —y entender su inmensidad, e imaginarlo caminando hace miles, millones de años— es, incluso hoy, solamente posible en este mausoleo en que los conocimientos científicos moldeados en años de investigación y el público, ávido de nuevos saberes, se encuentran durante unas horas. ■